

# Capítulo 1

Mason

«Pero ¿qué cojones hago aquí?», fue lo primero que pensé en cuanto Hunter y yo pusimos un pie en aquel club exclusivo de Nueva York.

Me gustara o no, era un hombre de campo. Mi sitio estaba en la otra punta del país, a cargo de un rancho situado en un pequeño pueblo de Oregón, y no en una discoteca llena de ricachones, ropas de marca y bebidas difíciles de pronunciar. Estaba acostumbrado a respirar aire puro y allí se olía a clase y fama, aderezado con un ligero toque de derroche.

Hunter caminó con decisión hacia la barra, donde varias personas esperaban a que los camareros las atendieran. Lo seguí por inercia mientras observaba cada rincón de aquel lujoso local con el ceño fruncido. Me sentía como un pez fuera del agua y estaba seguro de que ni mi mejor camisa, ni los pantalones negros y mucho menos mis botas de cowboy conseguían engañar a nadie.

Saltaba a la vista que aquel no era mi ambiente. El barman que estaba atendiendo a mi amigo lo sabía, la preciosa rubia que no paraba de ponerme ojitos desde su mesa también lo sabía, incluso el chihuahua que llevaba la susodicha en el bolso y que me miraba con los ojos entrecerrados debía saberlo.

En aquel lugar hasta los perros me miraban por encima del hombro.

—Mason, tío, relájate. Ni que fueras tú el que está a punto de pisar el altar. —Hunter se giró hacia mí tras pedir nuestras bebidas—. Se supone que esta noche es la despedida de soltero de Garrett y hemos venido a divertirnos. Sé que fruncir el ceño es tu pasatiempo favorito, pero ¿crees que podrías dejar de hacerlo durante al menos un par de horas?

Cambié la expresión y estiré los labios todo lo posible. Él puso cara de espanto, así que no debió de gustarle mi versión más feliz.

—De acuerdo, nada de sonrisas, pero prométeme que al menos fruncirás el ceño menos que de costumbre. —Abrí la boca para decirle que no iba a prometer tal cosa y ya de paso recordarle por dónde se podía meter su buen humor; sin embargo, Hunter adivinó mis intenciones y se me adelantó—: Ni siquiera te pido que lo hagas por mí. Hazlo por Garrett.

Garrett. Él era el motivo por el que estaba allí, lejos de mi hogar. Odiaba los aviones, odiaba viajar y odiaba haber tenido que alejarme del rancho. Al menos sabía que lo había

dejado en buenas manos y que, cuando volviera, hasta el último pelo de mis caballos seguiría estando en su sitio.

Nunca habría abandonado mis tierras por una despedida de soltero y una boda, pero Hunter y Garrett eran dos buenos amigos. Por ellos sí que lo haría. Aquellos dos bribones formaban parte de casi todos los recuerdos de mi infancia, tanto los buenos como los malos. Tras terminar los estudios, los tres tomamos caminos diferentes y nos repartimos por todo Estados Unidos. Acabamos viviendo a miles de kilómetros de distancia los unos de los otros, pero no habíamos perdido el contacto. Hace algunos meses, Hunter y yo recibimos una invitación para asistir a la despedida de soltero de Garrett y su posterior enlace. Nuestro amigo pensaba que encadenarse a otra persona durante el resto de su vida era una buena idea.

Menudo iluso.

Sin embargo, era nuestro iluso, así que Hunter y yo pedimos algunos días libres en el trabajo, reservamos una habitación de hotel cerca de la iglesia donde se darían el sí, quiero y nos dispusimos a pasar una semana en la ciudad que nunca duerme.

La despedida de soltero era esa misma noche y la boda tendría lugar el próximo sábado. ¿Mis ganas de ir a ambos eventos? No estaban por ninguna parte. Esperaba encontrarlas en el fondo de unas cuantas cervezas. Maldito Garrett, ¿por qué tenía que codearse ahora con la flor y nata de Nueva York?

Gracias al trabajo duro y a los contactos de su suegro, Garrett había escalado a una posición social más elevada —mucho más elevada— y ahora, durante el tiempo que estuviera allí, tendría que relacionarme con los peces más gordos e influyentes de la pecera. Aquello me hacía tanta gracia como que me arrancasen las uñas de los pies de cuajo.

Decir que no me gustaba ese tipo de gente era quedarse corto. La mayoría de ellos eran esnobs y superficiales, se creían por encima de la ley y solían actuar por puro egoísmo, sin apenas pensar en las consecuencias de sus actos porque, ¿para qué iban a hacerlo si podían solucionarlo todo con un buen fajo de billetes?

Aquello me trajo recuerdos de un pasado que volvía a mí cuando menos lo esperaba y me atenazaba el estómago y el corazón. La idea de cenar y bailar rodeado de aquellas personas sin moral ni escrúpulos me ponía enfermo, pero, como he dicho, Garrett era un buen amigo. Había pocas cosas por las que valía la pena sacrificarse y las buenas amistades era una de ellas.

—Intentaré darle un respiro a mi entrecejo —gruñí.

Nuestro camarero volvió a hacer acto de presencia y mi humor mejoró cuando plantó un par de cervezas frente a nosotros. Le di un buen trago a la mía y me percaté de que no era ni de lejos tan buena como las que solía tomarme en el bar de Ben. Bah, podría soportarlo.

—¿Mejor? —me preguntó Hunter después de que me bebiera la mitad de la botella sin pararme a coger un poco de aire. El oxígeno estaba sobrevalorado cuando uno tenía prisa por emborracharse.

—Lo estaré cuando empiece a ver doble y apenas me dé cuenta de lo que ocurre a mi alrededor.

Miré hacia un lado y vi que aquel maldito chihuahua seguía sin quitarme la vista de encima. Me acabé lo que me quedaba de cerveza y le indiqué al camarero que me pusiera otra. Iba a ser una noche muy larga.

—En ese caso, más te vale empezar a beber de tres en tres. Tu aguante con la bebida es legendario. —Hunter me dio una sonora palmada en la espalda. No me quedó muy claro si trataba de animarme o lesionarme, pero le agradecí de igual forma el gesto con una inclinación de cabeza.

Mi amigo sabía que estaba tenso y, a su extraña y poco sutil manera, trataba de reconfortarme. Por eso estábamos allí. Hunter había sugerido que, hasta que llegase la hora de ir al local donde se celebraría la despedida de soltero, fuéramos a divertirnos para ir calentando motores y tratar de borrar mi entrecejo.

Sin embargo, en cuanto puse un pie en aquel sitio, supe que había sido una mala idea. Estaba lleno de lo que quería evitar: gente adinerada con ínfulas de grandeza; personas cuya máxima preocupación al volver a casa sería escoger qué tipo de caviar les serviría la criada al día siguiente. Menuda panda de gilipollas.

La siguiente media hora se hizo más llevadera, sobre todo a partir de la tercera cerveza. Mientras Hunter y yo dábamos buena cuenta de nuestras consumiciones, charlamos sobre Garrett y recordamos viejos tiempos: cuando los tres éramos más jóvenes y la vida aún no nos había golpeado como si fuéramos simples sacos de boxeo.

—Garrett no sabe dónde se ha metido —me comentó Hunter tras apoyar ambos codos sobre la barra y observar el local a su antojo.

No hacía falta ser ningún erudito para darse cuenta de que era alérgico a cualquier tipo de compromiso. Según él, las relaciones serias le provocaban una fuerte urticaria. Según su madre, aún no había encontrado a la mujer adecuada. Por mi parte, creía que era una mezcla de ambas.

Era un tipo alto, moreno y poseía unos llamativos ojos claros. Un par de mujeres que estaban sentadas en una mesa metálica a unos dos metros de nosotros nos hicieron un buen repaso visual. Él les correspondió con una sonrisa galante y les guiñó un ojo. Las chicas rieron y bebieron de sus copas de forma acalorada, pero mi compañero de aventuras siguió hablando como si nada, acostumbrado a toda aquella atención femenina.

—Estamos en el siglo veintiuno. ¿Quién coño quiere casarse ahora?

Aquella pregunta fue como un disparo directo al corazón. Apreté la mandíbula y los hombros se me tensaron. Hunter bajó la vista hasta mis dedos. Estaba sujetando la cerveza tan fuerte que se me habían puesto los nudillos blancos.

—Joder, perdona, Mason. Ya sabes lo bocazas que soy a veces —se disculpó—. No recordaba que tú habías estado a punto de...

—Tranquilo —lo interrumpí. Ni siquiera quería oír el resto de la frase—. Fue hace mucho tiempo.

Sí, por desgracia yo también había sido uno de esos ilusos que habían creído en el amor, la fidelidad y el matrimonio, en los jodidos para siempre y en los malditos finales felices.

Ahora tan solo tenía líos de una noche. Eran mil veces mejor que una relación seria y mucho más placenteros. No había compromiso ni complicaciones ni te dejaban hecho trizas el corazón. Había aprendido la lección por las malas y llevaba una cicatriz fea e imborrable bajo la piel; una que me impedía olvidar, pero que también me ayudaba a no cometer dos veces el mismo error.

—¿Qué te parece si brindamos por el matrimonio y las malas decisiones? —Alcé mi copa para evitar que el ánimo decayera y que el ambiente entre nosotros se volviera triste e incómodo.

Él sonrió.

—Lo que me parece es que no tienes huevos a hacer ese brindis delante de Garrett. —Chocó su copa contra la mía.

—Joder que no. —Nos terminamos las cervezas de un solo trago—. Necesito ir al baño.

—Ya sabes dónde encontrarme —me dijo antes de llamar al camarero para pedirnos otra ronda.

Sin embargo, no llegué muy lejos. No me había percatado de que, justo detrás de mí, dos mujeres charlaban de pie junto a la barra. Al girarme, le tiré la copa a una de ellas y su contenido cayó sobre buena parte de su vestido y sus tacones de doce centímetros.

No me hizo falta mirarla a la cara para saber que era una de esas mujeres de clase alta que tanto me repelían. Llevaba el vestido más rosa que había visto en mi vida, un collar de perlas blancas que decoraba su esbelto cuello y un reloj de oro que debía de costar una pequeña fortuna. No obstante, fue su otra muñeca la que me llamó la atención. En ella había un montón de pulseras hechas de hilo y cuentas de colores. Me pareció que no pegaban con el resto del conjunto, mucho más elegante y caro. Parecía un disfraz y aquellos hilos entrelazados mostraban un pedacito de su auténtica personalidad; lo único de verdad en ella.

—Mierda —dijo la dueña de aquellas pulseras.

No le había hecho gracia que le tirara la copa encima.

—Perdona. Yo solo... —Las palabras se me atascaron en la garganta cuando levanté la vista y me topé con su rostro. Aquella mujer era despampanante.

A pesar de la escasa luz del local, pude distinguir a la perfección el tono dorado de su cabello, la tez clara y los ojos grandes, tan verdes como los bosques que me habían visto crecer en Oregón. Era alta, aunque no sabía cuánta de esa altura pertenecía a sus largas piernas y cuánta a sus tacones. Tenía la cara de un ángel y un cuerpo hecho para el pecado. Parecía que el cielo y el infierno se habían fusionado en ella.

Estaba tan sorprendida como yo y abrió mucho los ojos. La conexión fue instantánea, como un rayo cayendo sobre mi pecho; sin embargo, un segundo después, la rubia parpadeó varias veces y negó con la cabeza para recuperar la cordura que ambos habíamos perdido en los ojos del otro.

Su mirada verde, que al principio me había parecido dulce y llena de picardía, se volvió más dura, como si hubiera recordado cuál era su lugar en el mundo y, lo más importante, cuál era el mío.

Era espectacular, preciosa, sexi... Me pareció la perfección hecha mujer.

Hasta que abrió la maldita boca.

## Capítulo 2

Olivia

—¿Crees que este sitio nos servirá? —le pregunté a Grace antes de darle un sorbo a mi *sex on the beach*.

—¿Por qué no? Para armar un poco de barullo me parece tan bueno como cualquier otro —me comentó mientras jugaba con la pequeña sombrilla de papel que le habían puesto en el cóctel—. Además, si me han informado bien, aquí hay más de un periodista deseoso de poder filtrar alguna noticia a la prensa rosa, lo cual es perfecto para nuestros planes.

Miré a mi alrededor. Quizá podía distinguir a simple vista quién era un cliente habitual del local y quién uno de esos entrometidos fotógrafos. Como era de esperar, ninguno de los allí presentes llevaba una cámara de fotos colgada del cuello, así que no logré captar nada sospechoso, pero las fuentes de Grace nunca se equivocaban.

Me giré hacia mi mejor amiga. Aquella noche se había recogido su cabello oscuro en un moño bajo y su frente quedaba oculta por un flequillo recto y simétrico, cortado a la altura de las cejas. Sus labios, pintados de un intenso rojo pasión, anunciaban una noche de peligro y desenfreno. Justo lo que necesitábamos.

—Espero que tengas razón y que haya valido la pena venir a este sitio. —Suspiré con fuerza.

En honor a la verdad, no solíamos frecuentar aquel club. Me gustaba el aire sofisticado que se respiraba en el ambiente, pero desde que llegamos había visto entrar a un hombre con botas de cowboy y me había fijado en que una mujer llevaba puesto un vestido de lo más horterata. Por no mencionar que llevarlo con esos zapatos era un insulto contra la moda y una puñalada al buen gusto.

Lo que había que hacer para que los periodistas la pillaran a una con las manos en la masa... Al menos las bebidas no estaban tan mal.

—Claro que tengo razón. Además, las últimas veces el plan dio resultado, ¿no? —Chocó su hombro contra el mío.

Me mordí el labio inferior como respuesta. Quizá aquella jugada nos funcionara de nuevo, pero después de montar uno de mis numeritos de niña malcriada siempre había

consecuencias. Y esa ocasión no iba a ser diferente, aunque, si quería librarme de los planes que mi padre tenía para mí, no me quedaba otra opción.

Grace debió ver la preocupación en mis ojos porque dejó su copa sobre la barra y dijo:

—A ver, Liv, no te ahogues en un cóctel de agua. Esta noche solo necesitas tres cosas: otra copa, bajarte un poco más el escote y montar algo de alboroto. Con eso ya habremos cumplido el noventa por ciento del plan y estoy segura de que, aunque ese no hubiera sido nuestro objetivo, lo habrías hecho de todas formas. —Me guiñó un ojo para animarme.

Si había tres adjetivos que definían a Grace Anderson, esos eran: directa, descarada y malhablada. Según mi padre, eso la convertía en una mala influencia; según yo, en mi mejor amiga. De hecho, en la única que tenía.

Conocí a Grace en mi adolescencia y ojalá haberlo hecho mucho antes. Ella era un soplo de aire fresco en los círculos sociales tan rígidos y estrictos en los que nos movíamos. Ambas pertenecíamos a un mundo en el que el dinero, los negocios y las inversiones eran lo primero. Daba igual a quién tenías que apuñalar por la espalda con tal de conseguir tu propósito. Fue en ese sórdido mundo donde mi padre hizo algunas gestiones con el suyo y nos encontramos la una a la otra. Congeniamos enseguida y desde entonces éramos inseparables.

Grace movió la mano para llamar al camarero y una pulsera de plata bailó sobre su muñeca. Provenía de una de las joyerías más prestigiosas de Nueva York, igual que mi collar de perlas. Ese, entre otros detalles como nuestro gusto exquisito para las joyas, delataba que proveníamos de una familia adinerada.

Hay quien diría que era una pija redomada, pero, oye, mientras tuviera mis tarjetas de crédito, mi colección de tacones y cada noche pudiera acostarme entre mis sábanas de seda rosa tras un largo baño de espuma, ¿qué me importaba lo que pensara la gente de mí?

Preocuparse y fruncir el ceño estaba sobrevalorado. Además, me gastaba un dineral en tratamientos de belleza como para dejar que me salieran arrugas por eso. Cada vez me faltaba menos para cumplir los veinticuatro y las patas de gallo me acechaban tras cada esquina. Qué horror. Sin embargo, contra todo pronóstico, me olvidé durante un segundo de los futuros pliegues de mi piel y fruncí el ceño.

—¿De verdad crees que funcionará otra vez? Creo que estamos tentando demasiado a la suerte —le dije.

—No estamos tentando a nada, si acaso a ese tipo del final de la barra que no nos quita la vista de encima. —Lo fulminó con la mirada y lo amenazó con la sombrilla de papel

antes de continuar—. El plan está claro: nos montamos una buena juerga y dejamos que los problemas vengan hasta nosotras. Además, con tus antecedentes seguro que llegan más pronto que tarde. Eres un imán para ellos. Solo es cuestión de esperar. Y cuando ese momento llegue, ¡zas! Una foto de un reputado periodista por aquí, una noticia de la prensa rosa sobre la horrible persona que eres por allá y quedarás libre una vez más de las garras de tu padre.

Parecía un buen plan y ya en anteriores ocasiones me había funcionado. Los escándalos públicos eran lo mío y, por desgracia, estaba acostumbrándome a ellos. La prensa del corazón se cebaría de nuevo conmigo. Ocuparía las portadas de varias revistas y los titulares se harían eco de mi agrio carácter y mis nefastos modales. Mi imagen quedaría dañada una vez más, aunque no me importaba si con eso conseguía ganar un poco de tiempo. Y lo que era más importante: mi libertad.

Pero algo me decía que esa vez no iba a ser tan sencillo salirme con la mía. Tenía un mal presentimiento y se había pegado a mí como una segunda piel. Mientras le daba vueltas a todo aquel asunto de ser una persona conflictiva y problemática de cara al público, me acerqué la copa a los labios. O lo intenté. El hombre que tenía al lado se giró de manera brusca y todo el contenido de la bebida cayó sobre mi precioso vestido rosa y buena parte de mis tacones.

—Mierda. —Dejé la copa vacía encima de la barra.

Me pasé las manos sobre la tela del vestido en un vano intento por limpiar la enorme mancha que se había dibujado justo en el centro. Menos mal que habíamos dejado los bolsos en una silla junto a nosotras. No pensaba permitir que le ocurriera nada malo a mi Gucci. Quería a ese bolso más que a algunas personas.

—Perdona. Yo solo...

Levanté la vista hacia el gilipollas que me había rociado entera de vodka y... ¡Madre mía! El gilipollas en cuestión estaba como un tren.

Abrí los ojos de par en par. Era alto, moreno y el intenso azul de su mirada me recordó a una tormenta de verano. La incipiente barba le oscurecía aquella mandíbula cuadrada, que debía de ser la envidia de cualquier hombre. La nariz recta y los pómulos altos aumentaban aún más su atractivo. Era sexi a rabiar y aquella camisa no conseguía disimular la amplitud de sus hombros ni la estrechez de sus caderas.

Él, a su vez, me miró de arriba abajo y supe por sus pupilas dilatadas y la picardía de su media sonrisa que le gustaba lo que estaba viendo. Sentí la atracción al instante, como

si la gravedad hubiera cambiado en cuestión de segundos y ya no tirara de mí hacia abajo, sino hacia él.

Grace se cagó en todo y soltó un montón de tacos cuando me vio de esa guisa, lo cual me hizo salir de aquel trance. Parpadeé varias veces y agité la cabeza para librarme de la extraña química que nos había envuelto. No podía olvidarme de qué estaba haciendo allí y cuáles eran mis planes. De hecho, se me ocurrió que podría utilizar aquel desliz en mi beneficio.

Miré a Grace, ella me miró a mí y supe que ambas estábamos pensando lo mismo. Al final, mi mejor amiga tenía razón y los problemas se habían presentado ante mí por sí solos. Aquella era la excusa perfecta para montar un buen pollo. Lo sentía por aquel pobre desgraciado que solo estaba en el lugar y en el momento equivocados, pero así eran las cosas. «Mala suerte, encanto».

El espectáculo estaba a punto de comenzar.

## Capítulo 3

Olivia

—Serás bruto. ¿Acaso no sabes cuánto cuesta un vestido de Valentino? —Aquel tipo abrió la boca, sorprendido por mi reacción, pero no lo dejé responder. Creí que era evidente que era una pregunta retórica—. ¡Puedes apostar que más que tu miserable vida! —le solté, porque a dramática no me ganaba nadie. Bueno, y también porque me había jorobado que me tirase una copa encima, todo había que decirlo.

Le di un fuerte empujón en el pecho, pero fue como intentar mover un muro de hormigón. Don Tiracopas me miró desde arriba y enarcó una ceja. Con esa envergadura yo debía de parecerle una especie de insecto molesto. No iba mal encaminado. Acababa de toparse con una auténtica mosca cojonera.

—Será mejor que tú y tus ridículas botas de cowboy miréis mejor por donde vais. —Agité el dedo índice en sus narices.

Él frunció el ceño, lo que me hizo pensar en cremas antiarrugas y tratamientos de belleza.

—Oye, no ha sido adrede —se defendió. Su voz era grave y rasgada. Tan perfecta como el resto de su anatomía. Maldito fuera—. Te pido disculpas. Si quieres, te invito a otra copa.

«¡Y encima es galante! Esto ya es el colmo».

—No quiero otra copa, ¡lo que quiero es un vestido que no apeste a vodka! ¿Y sabes por qué no lo tengo? Porque un hombre torpe y grosero me ha tirado la bebida encima. —Con cada palabra le clavé mi perfecta uña postiza en su esculpido pecho de dios griego.

Don Tiracopas apretó la mandíbula y abrió las fosas nasales, tanto que si me agachaba un poco podría llegar a verle el cerebro. El ambiente estaba caldeándose entre nosotros y los clientes más cercanos empezaban a darse cuenta. «Perfecto». Un chico moreno y de ojos claros, que debía de ser su amigo, le colocó una mano en el hombro y se inclinó junto a su oído.

—Vamos, Mason, déjalo estar.

Pero aquel tipo no iba a dejarlo estar. Podía verlo en sus ojos. Lo que le había dicho le había molestado. «¿Y a quién no?». Además, parecía tener la mecha muy corta, lo cual me venía de perlas.

No tenía ni idea de dónde había salido, pero era evidente que no era de por ahí y no solo por esas peculiares botas de cowboy. No tenía el acento tan característico de los neoyorquinos ni ese aire de riqueza y despreocupación que se respiraba en toda la discoteca. Derrochaba seguridad en sí mismo, pero su indumentaria era de menor calidad que la del resto de la selecta clientela que allí se reunía, igual que sus modales. Me llamó la atención que tuviera la piel tan bronceada y curtida por el sol, al igual que si trabajara al aire libre. La mayoría de los allí presentes tenían la tez pálida por la gran cantidad de horas que pasaban dentro de una oficina o en un *spa*. Había una clara falta de vitamina D.

—¿Que lo deje estar dices? —le preguntó a su amigo. Mira, a él también se le daban bien las preguntas retóricas—. Creo que no. Esta... *señorita* ha venido buscando problemas y, mira tú por dónde, los ha encontrado.

—Yo no estoy buscando nada. Has sido tú el que ha aparecido de repente tirando copas a diestro y siniestro.

Grace se mordió el labio inferior para no echarse a reír. Mi mejor amiga era el diablo con flequillo postizo.

—¿Sabes qué te digo? Que tampoco es para tanto. Tan solo tienes que pedirle a tu padre o al pobre desgraciado que te mantiene que te consiga otro vestido, porque está claro que con esas pintas no te lo has comprado con el sudor de tu esfuerzo —escupió con ironía—. De hecho, lo máximo que habrás hecho en tu puta vida habrá sido ir de tienda en tienda, quemando las tarjetas de crédito de los que te rodean.

Abrí la boca y me llevé una mano al pecho, escandalizada. ¿Cómo se atrevía?

—No eres más que un bocazas. —Puse los brazos en jarra. A esas alturas ya se había congregado un pequeño grupo de gente a nuestro alrededor para ver qué ocurría. Algunos habían sacado sus móviles para hacernos una foto o grabar la escena entre cuchicheos. Debería estar feliz, pues aquello era lo que había pretendido desde el principio, pero me había dolido lo que me había dicho ese imbécil y estaba empezando a cabrearme de verdad—. ¿Quién te crees que eres para hablarme así y tacharme de mantenida?

—¿Acaso no lo eres? —Alzó las cejas para retarme a decir lo contrario—. Y diría que eres algo más que eso: una consentida y una malcriada. Pero te diré una cosa: que tengas dinero no te da derecho a tratar así a los demás.

Bufé y me aparté el pelo de la cara. Podía entender que él pensara todo eso de mí porque estaba comportándome como una autentica arpía, pero una cosa era que ese impresentable contestara a mis provocaciones y tratara de despacharme lo antes posible, y otra que estuviera disfrutando como un cerdo en su cochiguera dejándome en ridículo delante de toda esa gente.

O quizá era que no me gustaba que me dieran a probar de mi propia medicina.

—Y qué sabrás tú sobre cómo trato o dejo de tratar a los demás, ¿eh? —Golpeé el suelo con uno de mis tacones.

—A la vista está. —Me señaló con el dedo índice y después se señaló a sí mismo.

«Uf, qué tío más insoportable».

Su amigo y Grace no nos quitaban los ojos de encima, como si estuvieran viendo un partido de tenis. A esas alturas yo ya estaba echando espumarajos por la boca y me daba igual el plan, los periodistas y la gente que seguía grabándonos con sus móviles en alto. No pensaba que fuera a venirme con esas. Se suponía que yo iba a armar un poco de jaleo con unos cuantos gritos y él me replicaría, como mucho, un par de frases inconexas para después darse media vuelta y dejarlo estar.

Los hombres no solían tratarme así y mucho menos después de ver mi agraciado aspecto. Estaba acostumbrada a dar ese trato, pero no a recibirlo. Y esa no iba a ser la primera vez que lo hiciera .

—*I li visti isti.* —Imité su pose.

A don Tiracopas le dio un tic en el ojo. Bien, si iba a decirme todas aquellas lindezas, lo menos que podía hacer era sacarlo de quicio. A eso no me ganaba nadie.

Se pasó las manos por el pelo y se giró hacia su amigo.

—¿Todas las mujeres de Nueva York están así de locas? —gruñó por lo bajo, aunque pude oírlo perfectamente.

—Solo las que llevan un vestido de miles de dólares y les tiran una copa encima —insistí.

Supe que estaba llegando al límite de su paciencia cuando la vena de su cuello se hinchó tres veces más por encima de su tamaño normal. Retrocedí un paso. Si esa vena palpitaba, podría sacarle un ojo a alguien.

—Joder, ¡estás desquiciada! ¿Cómo tengo que decirte que ha sido un accidente y que iba a disculparme?

Tenía razón. Puede que al principio sus intenciones fueran honestas, pero ahora estaba encantado con intentar ponerme en mi sitio. A mí no iba a colármela. Nos habíamos

saltado todas las reglas de la educación y el decoro, y aunque todo había empezado como un juego para llamar la atención de los periodistas, no sabía muy bien cómo, pero habíamos acabado llevándolo a un terreno más personal. A esas alturas no podía detenerme.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que todos seguían prestándonos atención. Un montón de ojos y móviles permanecían atentos a todos nuestros movimientos, así que di una palmada y después otra, hasta que me encontré aplaudiendo en medio del local.

—Muy bonito. Sí, señor, realmente bonito —le dije sin dejar de aplaudir—. Primero me tiras una copa encima y ahora me llamas loca. ¿Qué será lo siguiente? ¿Empujarme por las escaleras?

A él le dio un tic en el otro ojo.

Miró a ambos lados mientras se preguntaba si estaba siendo objeto de una broma pesada. Cuando comprobó que no era el caso, sino que había tenido la mala suerte de toparse con la chica más soberbia e irritante de toda Nueva York, se acercó hasta mí y se inclinó hacia delante, invadiendo mi espacio personal.

—El sarcasmo no favorece a las chicas de buena familia como tú, *miss* vestido rosa.

—Tampoco es muy favorecedor ir tirando copas sobre mujeres indefensas.

Él sonrió de medio lado y una pequeña mariposa revoloteó en mi estómago; una muy chiquitita y miserable. La aplasté de inmediato con mis propias manos.

—Tú serás muchas cosas, pero no te definiría como una mujer indefensa.

Cogí aire y miré hacia arriba. No importaba que llevara tacones, aquel hombre era una montaña; un metro noventa de puro mamarracho.

—Ya, has dejado muy claro cómo me definirías.

Cuadré los hombros y saqué pecho. Sus ojos se desviaron un segundo hasta mi escote. Ah, así que mis encantos femeninos no le eran del todo indiferentes. No estaba de más saberlo.

—No eres más que una cría.

—Y tú, un bruto.

—Superficial, pija y desconsiderada. —Acercó su rostro al mío.

—Zopenco, imbécil y cretino —gruñí con mis labios a pocos centímetros de los suyos.

Nos miramos la boca al mismo tiempo con nuestros pechos subiendo y bajando de forma acelerada, respirándonos el uno al otro.

—Para ser una chica que se jacta de tener tanta clase, menuda boca más sucia te gastas.

—Lo que haga o diga con mi boca no es asunto tuyo.

Ya ni siquiera sabía de qué estábamos hablando. El ambiente crepitaba a nuestro alrededor, parecía que íbamos a estallar en llamas de un momento a otro.

—Desde luego que no. De hecho, cuanto más lejos esté de la mía, mejor. —Rozó de forma casi imperceptible nuestras narices.

La tensión era insoportable, igual que él.

—¡Bien! —Me crucé de brazos. Sentía la piel ardiendo y no tenía nada que ver con los cócteles que me había tomado durante la noche.

—¡Bien! —repitió él.

Dimos por concluida aquella absurda discusión. Él se giró de nuevo hacia su amigo y yo hice lo propio con Grace. Ya había conseguido lo que quería. Seguro que alguno de los periodistas que deambulaban por allí había captado el momento en el que la hija de uno de los mayores multimillonarios de Nueva York discutía a gritos en un bar con un hombre cualquiera y, además, por algo tan insignificante como que le había tirado una copa sobre su bonito y caro vestido.

La prensa se ensañaría con mi clasismo y mi descomunal ego. Una vez más. Por ello, ya no tenía por qué seguir perdiendo mi valioso tiempo con ese perturbado. ¿Que cuanto más lejos estuviera mi boca de la suya mejor? ¡Ja! ¿Acaso se podía ser más engreído? Como si todas las mujeres del mundo estuvieran deseando lanzarse a sus musculados y perfectos brazos. Me ponía enferma solo de pensarlo.

Por encima de mi precioso cadáver me liaría con alguien como él.

## Capítulo 4

Mason

Cinco minutos después, estaba encerrado por voluntad propia en uno de los cubículos del servicio de caballeros. Necesitaba alejarme un segundo de la música alta, la gente que no dejaba de rozarme los brazos al pasar de un lado a otro y, sobre todo, de *miss* vestido rosa.

Me pareció el único sitio donde encontrar algo de tranquilidad en toda Nueva York. Aquella ciudad era demasiado ruidosa para mi gusto. Después de todo, no había sido un mal plan salir a tomar unas copas antes de la despedida de soltero de Garrett para ir habituándome a lo que me iba a encontrar durante el resto de la noche. El pueblo en el que vivía tenía muchos encantos, pero las discotecas no eran uno de ellos. Claro que, de haber sabido que iba a cruzarme con una chica con la que me pelearía por una mancha en un vestido, me habría quedado en el hotel hasta que llegase la hora de encontrarnos con el futuro novio.

En mis veintiocho años de vida jamás me había pasado nada semejante. Ella había disfrutado de nuestra acalorada discusión y de cada cámara que nos había enfocado. Yo había querido que la tierra me tragase y me escupiera de nuevo en mi rancho.

Me pasé las manos por el pelo. No estaba orgulloso del lamentable espectáculo que habíamos dado, pero aquella mocosa me había sacado de mis casillas. Ni loco iba a dejar que se saliera con la suya y pensara que me había puesto en mi sitio, mucho menos por haberle tirado una copa sin querer. Bastante tenía con asistir esa noche a la fiesta de Garrett y tener que codearme con gente a la que no soportaba. No iba a permitir que encima una mujer como ella me mangoneara a su antojo.

Pensé que ya iba siendo hora de salir de allí y volver al mundo real cuando escuché que alguien entraba en el baño.

—Lo que me faltaba: no solo me manchan el vestido, sino que además el servicio de señoras está hasta arriba. —Reconocí la voz de *miss* vestido rosa a través de la puerta. Era inconfundible, sobre todo porque esa chica no podía dejar de protestar ni un solo segundo—. ¿De verdad es tan difícil tener un grifo a mano cuando una necesita refrescarse un poco y limpiarse el vestido? Claro que esto no va a salir con un poco de agua. En fin, por intentarlo y frotar que no sea...

Quitó el pestillo para salir de mi escondrijo. Había ido allí en busca de algo de paz e intimidad y había perdido ambas cosas en el momento en el que esa mujer había irrumpido en mi humilde escondite. Abrí la puerta al mismo tiempo que ella encendía el secador de manos en el fondo del baño. La mancha de su vestido era mucho más grande que la última vez que la había visto y tenía algunas pelotillas blancas.

Seguro que se había echado un montón de agua y había frotado bien fuerte con un pañuelo, empeorando mucho más la situación. Ahora tenía las caderas inclinadas hacia la pared para colocar el vientre bajo el secador y tratar que las salpicaduras de su ropa empuqueñecieran.

—Vamos, ¿por qué no te secas? —gruñó para sí misma.

Se apartó al darse cuenta de que tenía que estar así un buen rato para conseguir algún resultado y de que su paciencia no daba para tanto. El aire del secador se apagó de forma automática y la puerta del cubículo en el que había estado metido se cerró por sí sola. Aquel sonido la sobresaltó yladeó una sonrisa. Había cierto encanto en la torpeza de esa chica.

—Señor, qué susto. —Se llevó una mano al pecho y me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué haces aquí? No me estarás siguiendo, ¿verdad?

—Claro, como me has causado tan buena impresión ahí fuera... —Negué con la cabeza y me acerqué a uno de los grifos para lavarme las manos—. La verdadera pregunta es: ¿qué haces tú aquí? Este es el baño de caballeros.

—Un tecnicismo de nada cuando hay una emergencia. —Señaló con el dedo su vestido para mostrarme dicha urgencia—. El de señoras estaba lleno.

Seguí lavándome las manos. Me dio la sensación de que estaba haciéndolo más despacio que de costumbre, aunque no entendía muy bien el motivo. Quizá me sentía sucio después de que un puñado de desconocidos me vieran perder la paciencia de esa forma. Sin embargo, me temía que ese tipo de vergüenza no se iba con agua y jabón.

Ella se cruzó de brazos y miró con intensidad el secador mientras se preguntaba si valía la pena estar debajo de él un poco más. Yo me eché jabón por tercera vez sin quitarle los ojos de encima.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó cuando se dio cuenta de mi escrutinio.

—A ti —le respondí sin más—. No es fácil observarte así: calladita y metida en tus asuntos.

—Ja, ja. —Cambió de idea con respecto al secador y se acercó con la elegancia innata de una reina al grifo que había junto al mío, dispuesta a echarse otro buen montón de agua sobre el vestido. Tenía que reconocer que no se rendía con facilidad.

—Déjalo, así solo lo empeorarás. —Le cogí las muñecas con delicadeza para que dejase en paz a esa pobre mancha.

Nos miramos a los ojos y fue entonces cuando me percaté de lo cerca que estábamos el uno del otro. Durante un segundo, todo Nueva York se redujo a ella.

La luz del servicio era más clara que la del resto del local y pude distinguir a la perfección algunas pecas sobre aquella nariz pequeña y respingona. Me entraron ganas de contarlas una a una, como hacía de pequeño con las estrellas, pero aquel no era el momento ni el lugar adecuado para hacerlo. El tacto de su piel bajo mis dedos me produjo un leve hormigueo. Esa chica era mi némesis, pero mi cuerpo no opinaba lo mismo. En cualquier caso, no me preocupaba. ¿Cuántas mujeres podrían atraerme en Nueva York? Ella no era especial, solo una chica guapa con bastante genio y afán de protagonismo.

Estudié un poco más su rostro. Jamás tendría nada serio con una mujer como ella, pero observarla no le hacía daño a nadie. Tenía las cejas y las pestañas de una tonalidad más oscura que el cabello. Sus rasgos eran delicados y su cuello esbelto. Cuando no estaba gritándome, era agradable mirarla. Podría pasarme mucho tiempo haciéndolo.

—Liv, ¿estás ahí? —preguntó una voz femenina detrás de la puerta.

Liv, por lo que así se llamaba en realidad la Estirada. No podría haberme importado menos.

—¿Qué quieres, Grace? —le respondió ella.

Nos dimos cuenta a la vez de que yo aún le sujetaba las manos y de que ella me permitía hacerlo. Nos soltamos y cada uno se dirigió a una punta distinta del servicio. La puerta se abrió y una cabeza morena y con flequillo se asomó por ella.

La tal Grace nos miró a uno y a otro.

—¿Interrumpo algo?

—¡No! —gritamos los dos al mismo tiempo.

—Bien, en ese caso te informo de que los periodistas acaban de marcharse —le dijo a Liv con la mitad del cuerpo fuera de la puerta—. No creo que tengan suficiente material para una exclusiva de las gordas, pero, por suerte, acabo de enterarme de que Mark ha organizado una de sus fiestas en el hotel Siete Coronas. Y ya sabes cómo son esas fiestas.

Se hizo un silencio incómodo. Era evidente que a la Estirada no le hacía demasiada gracia aquel plan.

—Recuerda por qué lo haces. Cuantos más escándalos, mejor —añadió Grace. Aquello terminó de convencerla.

—De acuerdo, ¡salgo enseguida! —La mujer que tenía ante mí se apresuró a recolocarse el vestido y la cabeza de su amiga desapareció para volver a la discoteca.

Los tacones de *miss* vestido rosa avanzaron por las baldosas blancas y negras que revestían el suelo. Parecía que se movían por un tablero de ajedrez.

—Bueno, ha sido divertido. —Cogió el pomo de la puerta y me miró. Su expresión me decía que en realidad no lo había sido en absoluto. Por fin estábamos de acuerdo en algo. Abrió la boca para añadir algo más, pero cambió de opinión en el último momento y negó con la cabeza. Al final lo único que soltó fue—: Alguien tenía que decírtelo. —Señaló mis pies—. Esas botas están pasadas de moda. —Se marchó dando un sonoro portazo, dejándome solo en mitad de aquel cuarto de baño.

Parpadeé varias veces, confundido. ¿Eran imaginaciones mías o aquella mujer acababa de darme una lección sobre las últimas tendencias en calzado? Fruncí el ceño antes de ir en busca de Hunter. Esa había sido la segunda vez en mi vida que una mujer tan frívola e interesada se reía de mí en mis narices. Me prometí a mí mismo que no habría una tercera.